

ha afirmado en sí misma y se ha enriquecido al ser sometida a la experimentación expresiva barroca. Es cierto que se ha producido la escisión entre vida y literatura al afirmarse hondamente el uso de una sintaxis 'intemporal', y al degenerar los recursos que ésta presentaba, pero la lengua es ya definitivamente española y es así como podrá ponerse al lado de las lenguas cultas que emergieron con tanta fuerza de las sombras de la Edad Media.

VII

LA ACADEMIA DE LA LENGUA
Y EL ESPAÑOL MODERNO

Su primera Gramática castellana, de 1771, es un traje infantil hecho a medida para alumnos de primera enseñanza.

Martin Alonso.

21103
● La lengua española adquiere a través de los siglos XVI y XVII su estructura definitiva; en lo esencial, todo lo que venga después será cuestión de pequeños detalles y de retoques. En el siglo XVIII el panorama nacional ha cambiado por completo; el pesimismo de Quevedo y de sus días ha cuajado en una total depresión tanto material como ideológica: ●

Al terminar la guerra de Sucesión, España se encontraba exhausta y deprimida. Tras la serie de adversidades que habían jalonado los reinados de Felipe IV y Carlos II, quedaba sacrificada en la paz de Utrecht. Todas las actividades parecían muertas. Se imponía una tarea de reconstrucción vivificadora, y a ella tendieron los esfuerzos de las minorías dirigentes; pero sus tentativas de reforma, deslumbradas por el racionalismo de la época o

ajustadas al modelo de otros países, fueron muchas veces contrarias al espíritu nacional. Del pasado, sometido a crítica, sacaron unos lecciones confortadoras, mientras otros, obsesionados por las nuevas ideas, llegaban a conclusiones negativas. En consecuencia, el siglo XVIII marca una quiebra de la tradición hispánica, eclipsada por la influencia extranjera¹.

1 Siglo de ilustración, erudición y crítica; decadencia del espíritu creador y predominio de las normas racionales en cuestiones del idioma. En el siglo XVII la lengua se fija sola ya que casi no entran en juego los preceptos gramaticales enunciados por los humanistas y primeros gramáticos castellanos; pero, como afirma el mismo Lapesa: "Sobre la estética (del siglo XVIII) gravita la idea de corrección gramatical y se consume el proceso de estabilización emprendido por la lengua literaria desde Alfonso el Sabio. No es que se haya detenido la evolución del idioma: el mismo lenguaje escrito, con ser tan conservador, revela una constante renovación, más intensa aún en el habla. Pero novedades y vulgarismos tropiezan con la barrera de las normas establecidas, que son muy lentas en sus concesiones"².

La preocupación por luchar contra el mal gusto —tanto en el plano meramente lingüístico como en el literario— es una de las constantes en este siglo neoclásico y es esa preocupación la que, en definitiva, lleva a la fundación de la Real Academia Española en 1713; entre 1726 y 1739 se publicó el *Diccionario de Autoridades*, la Orto-

1 Rafael Lapesa, op. cit., p. 259

2 Ibid., p. 260.

grafía en 1741 y la *Gramática* en 1771. La Academia con su lema "Limpia, fija y da esplendor", intenta convertirse en la norma suprema de las cuestiones lingüísticas y en autoridad definitoria, según un criterio muy de la época, en cuestiones de purismo y corrección.

Sin embargo, y a pesar de cuantos juicios adversos podamos pronunciar contra la Academia y toda su trayectoria histórica, no podemos menos de admitir que aparece en el horizonte lingüístico de España en momentos en que, por la misma debilidad del espíritu nacional, la lengua comenzaba a navegar a la deriva. Las contorsiones lingüísticas de la decadencia barroca habían barbarizado la lengua y astragado el gusto. Los abusos de la retórica del Barroco provocaron la airada reacción de las personas de buen gusto que abogaban por una sintaxis natural (Máyens y Siscar, Capmany, Martínez Gayoso); se explica, pues, entre otras muchas cosas, el interés que despertaron los objetivos de la Academia y sus primeras publicaciones.

Se decide entonces la solución de problemas importantes dentro del campo lingüístico. "La revolución fonética de los siglos XVI y XVII exigía el reajuste de la escritura, que distinguía sonidos confundidos ya en la pronunciación: ss y s; c y z; x y j. Además, el sistema gráfico venía arrasando anomalías producidas por tendencias eruditas, que utilizaban transcripciones latinas como *philosophía*, *theatro*, *christiano*, *quanto*. Al principio, la Academia tuvo un criterio conservador y latinista. Después lo fue modificando en sus concesiones al valor real de los signos. Al comenzar el siglo XIX habían desaparecido las gra-

fías *ss* y *c*.; el signo *x* dejó de ser equivalente de *j* y quedó reservado para representar la pronunciación *cs* (*examen*, *axioma*) o a la *x* latina del prefijo *ex* (*extraño*, *expuesto*); y fueron eliminados los latinismos *ph*, *th*, *ch*, *qua-*, *quo-*, en beneficio de *f*, *t*, *c*. Se conservó la *h* muda y subsistieron las coincidencias fonéticas entre *b* y *v*, *c* y *z*, *j* y *g*, *y* e *i*"³.

2º [A esta simplificación en el plano ortográfico correspondió también una regularización y codificación de la sintaxis.] Martín Alonso señala oportunamente que: "La sintaxis académica hasta muy entrado el siglo XIX es pobre y elemental en su preceptiva o problemática y muy poco pedagógica en sus aplicaciones"⁴. Le falta mucho para ser una auténtica sintaxis y le sobran demasiadas cosas para cumplir con las exigencias meramente lingüísticas; porque además de imponer a la lengua las extrañas categorías y predicamentos de una lógica anacrónica (cosas que todavía en la actualidad admiten muchos 'academicistas'), tiene las pretensiones de ser normativa, oficial y, por añadidura, libresca. Será eterna la disputa en torno a la Academia y durará cuanto ésta dure. No intentamos aquí hacer un balance de los beneficios o daños que haya podido causar al desarrollo normal de la lengua; sin embargo creemos que en el momento preciso de su aparición —1713— vino a cumplir con un cometido y a polarizar en torno a sí los deseos de imponer un criterio sano a favor del buen gusto y a depurar la lengua en un instante de confusión que reflejaba la que padecía el alma nacional,

3 Ibid., pp. 265-66.

4 Martín Alonso, *op. cit.*, p. 306.

aprisionada entre la influencia francesa y la decadencia material y moral en todos los órdenes.

Sin embargo, no es el siglo XVIII, en el aspecto creador, el páramo que nos ha hecho creer una historia escrita "ad usum delphinis"; sostenemos que en este siglo la creación literaria, aunque no pueda compararse con la del siglo anterior, sin embargo, presenta aspectos bastante positivos; en cuanto a la lengua, es evidente que, podadas violentamente las malas hierbas del gongorismo decadente, gana en rigor y exactitud. Por causa de las influencias francesas se despertó una reacción en defensa del español para acabar con los galicismos tanto léxicos como sintácticos. Contribuyó muchísimo al afrancesamiento de la lengua la *Poética* de Luzán, publicada en 1737 e inspirada a su vez en los preceptos de Boileau: pretendían estos manuales que toda literatura debía seguir los preceptos de Aristóteles y de Horacio, procurando imitar rigidamente las obras clásicas griegas y latinas; de aquí se deriva una especie de subestimación de la literatura de los Siglos de Oro.

2º Sin embargo, la influencia de Góngora y de su escuela, se hacía sentir todavía en el siglo XVIII en el lenguaje poético: la Academia fue impotente para desterrar los neologismos introducidos en la etapa anterior ni los galicismos que penetraban por contacto ni incluso los arcaísmos que aún perduraban o que habían sido resucitados a última hora. La prosa sufrió un cambio completo por influencia de la francesa. "Más radical fue la transformación de la prosa. Como la novela y la historia artística tuvieron en el siglo XVIII escasísimo desarrollo, la prosa se limitó casi exclusivamente a obras didácticas que exigían un estilo severo y pre-

ciso. En un esfuerzo de adaptación, la prosa española del siglo XVIII sacrificó la pompa a la claridad; ya que no posee grandes cualidades estéticas, adquirió una sencillez de tono moderno que constituye su mayor atractivo"⁵.

La prosa erudita de este período tiene sus máximos representantes en las figuras del Padre Feijoo, entre cuyos escritos destacamos, por interesar especialmente a nuestro estudio, su *Paralelo de las lenguas castellana y francesa*; representa, en su estilo, un retorno a la sintaxis 'natural' sin forzar al idioma a que entre en moldes anormales. "El mismo confiesa que no quiso perder el tiempo en estudiar retórica; su estilo 'tal cual es, bueno o malo, de esta o de aquella especie', no lo buscó sino que se le vino a las manos"⁶. También citamos a Ignacio Luzán, autor de la *Poética*, y, por encima de todos, destacando como valor universal, aunque sus méritos hayan sido negados, el jesuita expulso Hervás y Panduro, quien rebasa toda frontera nacional para convertirse en uno de los primeros lingüistas de la época moderna. En su *Catálogo de las lenguas* se adelantó varios años al *Diccionario de Pallas*, publicado bajo el patrocinio de Catalina de Rusia y al *Mitridates* de Adelung; por esta obra (incluida dentro de su enciclopedia *Idea del Universo*) puede calificársele de primer comparatista.

Este siglo XVIII, tan complicado y aparentemente tan estéril, tan criticado y repudiado incluso por los mismos españoles, tiene a nuestro juicio el mérito de haber purificado el español y haberlo

5 Rafael Lapesa, op. cit., p. 263.

6 E. Díaz-Echarri y J. M. Roca Franquesa, op. cit., p. 629.

convertido en un instrumento de expresión más preciso y ceñido al pensamiento. La Academia cumple con una necesidad y se lucha, por todos los medios, para encontrar una expresión adecuada del alma nacional a través de una lengua clara, racional y práctica. De él afirma Díaz-Plaja:

Ninguna época, pues, a pesar de su frialdad aparente, presenta una gama ideológica tan compleja. Tan profunda es su trascendencia que el mero hecho poético queda relegado a un segundo término por estos espíritus sutiles y preocupados. El siglo XVIII no es un siglo poético, según se repite por ahí; pero es, acaso, la época en la que, a través del artista, puede vislumbrarse la tempestad más formidable que han provocado las más nobles preocupaciones que, a lo largo de la Historia, ha tenido la Humanidad⁷.

El siglo XIX trae consigo una violenta conmoción en el precario equilibrio del ambiente nacional que, milagrosamente, había existido en el siglo anterior. La invasión napoleónica provoca un legítimo sentimiento de retorno a lo tradicional español y las circunstancias políticas hacen que surja una nueva orientación en los medios expresivos: la oratoria política que influye notablemente en el desarrollo de la prosa. "Los tribunos no buscaron estilo sobrio y objetivo, sino periodos largos, sonoros, patéticos, abundantes en evocaciones históricas e imágenes deslumbradoras. Así brotaron los discursos de Joaquín María López, Ríos Rosas, Olózaga, Nocedal y Aparisi, el tono profético de Donoso Cortés y la pompa ornamental de Cas-

7 Guillermo Díaz-Plaja, *Hacia un concepto de la literatura española* (2a. edición), Espasa-Calpe Argentina, S. A., Austral 297, Buenos Aires, 1945; p. 127.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1625 MONTERREY, MEXICO

telar''⁸.

La prosa romántica se superpone a la prosa neoclásica insuflándole una vitalidad acelerada que a ésta le faltaba; al espíritu objetivo y frío de la erudición y la crítica dieciochescas opone lo eminentemente subjetivo (Larra) y la imitación del español de los Siglos de Oro. La novela histórica renueva el uso de los arcaísmos e incorpora al léxico muchos términos castizos que los puristas del siglo XVIII habían considerado como desgastados por el uso o poco acomodados para la expresión de lo que ellos creían ser de buen gusto. Es de señalar, de manera especial, la frase poética de nuestro Romanticismo en el que se eleva casi como única figura Gustavo Adolfo Bécquer⁹; representa una tendencia lírica natural, íntima y personal. Sintaxis 'natural' que no distorsiona sus estructuras para hacerse expresiva, si exceptuamos ciertos giros violentos del hipérbaton. Abunda, asimismo, en licencias poéticas de todo género para dar expresión a su personalidad y al contenido emocional de la misma.

24 Pero donde el español experimenta verdaderamente un cambio radical es en la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX. Los cambios, no ya propiamente lingüísticos, sino estilísticos, son rápidos, violentos y, sobre todo, ambiciosos. Nuestro romanticismo fue efímero y desordenado además de tardío, como desgraciadamente han sido muchos movimientos culturales en España. ¿En

8 Rafael Lapesa, op. cit., p. 266-67.

9 Martín Alonso, op. cit., p. 323, y ss.; Cfr. Dámaso Alonso y Carlos Bousoño, Seis calas en la expresión literaria, Gredos, Madrid, 1951.

qué situación se encuentra, pues, el español, al finalizar este caótico siglo XIX? Oigamos a Galdós:

Una de las dificultades con que tropieza la novela en España consiste en lo poco hecho y trabajado que está el lenguaje literario para reproducir los matices de la conversación corriente. Oradores y poetas lo sostienen en sus antiguos moldes académicos, defendiéndolo de los esfuerzos que hace la conversación para apoderarse de él; el terco régimen aduanero de los cultos le priva de flexibilidad. Por otra parte, la Prensa, con raras excepciones, no se esmera en dar al lenguaje corriente la acentuación literaria, y de estas rancias antipatías entre la retórica y la conversación, entre la Academia y el periódico, resultan infranqueables diferencias entre la manera de escribir y la manera de hablar, diferencias que son desesperación y escollo del novelista¹⁰.

La novela realista, en España quiere hacer ese intento con el español: crear un instrumento expresivo adecuado. El español venía cargando con la hinchazón barroca y la oratoria romántica; es totalmente cierto lo expresado por Galdós en el párrafo que acabamos de transcribir y no es de extrañar que en los últimos decenios del siglo XIX se someta a la lengua a un rigor que era completamente nuevo y que venía a chocar con la grandilocuencia postromántica de los novelistas históricos y los oradores políticos; cuajarán estas aspiraciones, en su pleno sentido expresivo, en los autores de la generación del 98, de quienes nos ocuparemos más adelante.

La lengua española debe mucho a la etapa del llamado realismo y naturalismo. Lingüísticamente, el español se plasma en su aspecto definitivo: logra nuestra lengua exactitud, sentido de lo autén-

10 Prólogo de Galdós a El Sabor de la tierra de J. M. Pereda.

ticamente tradicional sin renunciar equilibradamente a cualquier influencia extranjera beneficiosa. El párrafo español se hace breve y directo: lo que pierde en extensión lo gana en expresividad; se nota una gran tendencia a eliminar la complicada frase subordinada construida en un estilo retórico ciceroniano inoperante en la época moderna; acumula el español —claro está, mucho antes que la Academia dé su aprobación— todas las voces técnicas extranjeras que aporta el nuevo movimiento científico y filosófico. He aquí cómo, en lo lingüístico, caracteriza Lapesa a esta época:

*Las palabras de vieja solera conservadas en el habla popular habían empezado a ser miradas con cariño por los escritores casticistas... El gusto por el color local, tan característico de la novela realista, dió entrada en la literatura a muchas voces y giros regionales... Hay andalucismos en Fernán Caballero y Valera, galleguismos en la Pardo Bazán, rasgos asturianos en Clarín y Palacio Valdés. Pereda recoge particularidades léxicas de la Montaña tan amorosamente como retrata la aldea o el puerto santanderino*¹¹.

Pero no se detiene la lengua aquí; a fin de siglo se producen dos grandes movimientos literarios —Modernismo y Generación del 98— que causan un profundo impacto en el campo lingüístico. Sin entrar a consideraciones clasificatorias ni en menesteres de deslindamiento,¹² nos interesa especialmente el fenómeno lingüístico en ambas tendencias.

¹¹ Rafael Lapesa, op. cit., p. 271.

¹² La bibliografía sobre este período es amplísima; remitimos al lector a las siguientes obras: Guillermo Díaz-Plaja, *Modernismo frente a Noventa y ocho*, Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1951. M. Henríquez Ureña, *Breve Historia del Modernismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1954. Luis S. Granjel, *Panorama de la Generación del 98*, Ediciones Guadarrama, S. L., Madrid, 1959 y P. Laín Entralgo, *La generación del Noventa y ocho*, Espasa-Calpe Argentina, S. A., Austral 784, Buenos Aires, 1947.

El Modernismo —creación auténticamente hispanoamericana— aporta una retórica totalmente nueva y una renovación del medio expresivo poético. No vamos ahora a diferenciar tajantemente el modernismo hispanoamericano del español como lo hace Díaz-Plaja, sino que el fenómeno lo concebimos como total, como una renovación lingüístico-poética que afecta al español en toda su totalidad como medio expresivo común del mundo *hispanohablante*. Lo que el modernismo aporta al español es una renovación total del lenguaje poético empobrecido y desgastado en los epígonos románticos finiseculares. "Renovación expresiva: las viejas metáforas habían quedado inservibles, al cabo de tanto uso; el espíritu moderno exigía otras formas estilísticas más ágiles, más frescas, más ricas y originales... Las imágenes nuevas, luminosas, brillantes y estallantes de gracia y belleza, los epítetos recién acuñados y henchidos de expresividad saltan por todas partes".¹³ Señalemos también la abundancia de helenismos que se incorporan al español, los extranjerismos exóticos en el léxico, la resurrección de arcaísmos expresivos y los neologismos que tanta fuerza tienen en Rubén Darío. Las innovaciones métricas son revolucionarias, tanto en lo que se refiere a la estructura del verso como a las nuevas combinaciones estróficas. "Todos los recursos de la palabra —grafía, significación, imagen, fonética y música— son apurados en esta poesía exhuberante y fascinada por la novedad."¹⁴

La prosa modernista, asimismo, crea un ins-

¹³ E. Díaz-Echarri y J. M. Roca Franquesa, op. cit., p. 1190.

¹⁴ Rafael Lapesa, op. cit., p. 272.

trumento que sin dejar de ser altamente retórico, se adapta plenamente a una expresión poética y llena de lirismo y emoción. Tiene tal importancia su influencia que Díaz-Plaja llega a afirmar: "La prosa literaria española se caracteriza desde el modernismo por la lucha contra el *cliché*, por la exigencia a dotar a la prosa de la misma virginidad expresiva, la misma novedad combinatoria que se exige para el verso".¹⁵ Ahí está presente el ejemplo de Montalvo, Martí, Lugones, Gómez Carrillo y el mismo Rubén Darío.

Frente al modernismo o más bien como corriente contigua aparece el gran movimiento llamado convencionalmente "Generación del 98". Además de su significado político-nacional, de su influencia en la mentalidad española de su época, de su intento por hacer una España nueva, los integrantes de la generación realizan una verdadera revolución lingüística de la que todavía está viviendo el español en la actualidad. La renovación lingüística emprendida por estos hombres esforzados —Unamuno, Baroja, Azorín, Machado, Maeztu— y por sus seguidores es profunda. Se ha señalado a Azorín como al "más revolucionario en la sintaxis de los tiempos modernos", pero cada uno de ellos, desde su trinchera personalista, contribuyó a realizar esta innovación y revitalización de la lengua.

Azorín, en su tiempo, fue un revolucionario de la frase; hoy se ha aceptado plenamente y sin reservas su frase corta, esquemática, de núcleo nominal, suelta y predominantemente directa. "Sen-

¹⁵ Guillermo Díaz-Plaja, *Modernismo frente a Noventa y ocho*, ed. cit., p. 303.

cillez, precisión y sobriedad. He aquí las tres constantes azorinianas de la sintaxis . . . Escoge palabras de una sonoridad agradable, como las terminadas en *anza* o *ancia*: olvidANZA, añorANZA, sedANCIA. Forma otras nuevas con sufijos agudos, como *evagación*. No sólo se aficiona a las palabras populares sino que vivifica las de la literatura antigua o las que pertenecen a las profesiones y oficios. Azorín no mutila la frase, la hace concisa. A base de principales sin subordinadas teje su sintaxis. Otras veces resuelve por participio lo que debiera ser una subordinada. Hace una supresión constante del verbo *ser*"¹⁶.

Unamuno, por su lado, siente la lengua como sentía la vida: apasionada y casi agónicamente; es por esto que, al principio, da la impresión de ser un romántico, pero lentamente se va captando que es una lengua la suya descarnada, podada a golpes de hacha, de lo superfluo; íntimamente se recrea en la paradoja verbal y mental y en el hallazgo léxico oportuno o en la revitalización del arcaísmo. Profundo conocedor de España, eterno viajero por sus campos y ciudades, capta el sentido de la lengua popular y no tiene miedo en incorporarla a los pensamientos más graves y sentenciosos. Su misma profesión trasciende a su obra: como buen filólogo sabe sumergirse en los contenidos semánticos y sacar de ellos la esencia de su pensamiento . . . Desenfado, sí, pero pleno de vitalidad y energía, en una lengua que dominó y perfeccionó como instrumento vital de su angustia. Pío Baroja es, con todo, el autor de esta generación más directo y menos preocupado por normas gramaticales. No sé

¹⁶ Martín Alonso, op. cit., p. 357.

de dónde se habrá sacado aquello de que "Baroja escribe mal" y de que "no tiene estilo" . . . Su vitalidad, agresividad lingüística y sentido de selección lo han hecho maestro de una generación de novelistas . . . Posiblemente, en estos momentos sólo quede en el ambiente su tremendismo —que es precisamente lo que se trata de imitar—, pero más allá de esto, queda el hombre que supo manejar la lengua en acciones novelescas, folletinescas y en el género de sus *Memorias* incisivas.

Finalmente, terminamos este recorrido por la evolución de la lengua española, con la figura de José Ortega y Gasset, el creador de un gran estilo lingüístico que supo encontrar en la esencia del español medios expresivos para hacer de él una lengua de cultura a la europea. Su léxico preciso, brillante y oportuno; su sintaxis sosegada, de gran gusto; su metáfora limpia y siempre nueva, han hecho de él el maestro de los modernos prosistas españoles. Desde el punto de vista de la lengua, quien no va a él, de él viene.

VIII

EL ESPAÑOL DE AMERICA

. . . considero como un privilegio hablar en español y entender el mundo en español . . . Cuando recibimos como lengua nacional la lengua española, con ella recibimos el acervo espiritual de España. Nuestra lengua es el excipiente que disuelve, conserva y perpetúa nuestro sentido nacional.

Alfonso Reyes

La comunidad de lengua entre España y los países hispano-americanos integra, junto con otros núcleos de menor importancia, lo que se conoce con el nombre de mundo *hispanohablante*, lo cual hace que el español esté colocado a la cabeza de las lenguas románicas, yéndole muy a la zaga el portugués, italiano y francés. El español es instrumento expresivo, lengua materna y literaria de hombres de distintas razas. Ahora bien, al emplear el término de 'español de América' hay que evitar caer en el error de creer que se trata de un español dialectal que se haya distanciado considerablemente del peninsular; fundamentalmente, conservamos una